

BETTY FRIEDAN

La batalla sin fin de la igualdad de sexos

Veinte años después de publicado *La mística femenina*, su autora publica *El segundo estado*, un libro que continúa su larga lucha por la equiparación de los derechos de la mujer. Dentro de unos días, la Editorial Plaza & Janés publicará el libro en castellano, bajo el título *La segunda fase*.

Texto: Berta Sichel

Betty Friedan se convirtió en una personalidad a principios de los sesenta —una década, que dicen, cambió el mundo—. Dicen también que Betty Friedan cambió el rumbo de la vida de las mujeres al desenmascarar la *mística femenina*, la falsa idea de que la mujer se realizaba completamente en su función de esposa, madre y reina del hogar.

La reacción fue explosiva. Con las armas que tenían en la casa, escobas y sartenes, salieron a la calle gritando por la igualdad. Fueron llamadas brujas, acusadas de destruir la familia, ridiculizadas por los hombres y la Prensa. Sin atender a las críticas rompieron la imagen y los lazos. Leyendo libros que hablaban de realización personal, de control del cuerpo y de la vida, fueron a buscar la identidad lejos de los hombres, del matrimonio y de los hijos, exigiendo las mismas oportunidades y poderes.

Betty Friedan vive desde hace un año en Cambridge (Massachusetts). Dejó su apartamento decorado con muebles victorianos en una torre de cuarenta pisos en Nueva York y se instaló en un piso a la orilla del río Charles, el río que divide Boston de Cambridge; el edificio —de cemento y cristal— pertenece a la Universidad de Harvard, donde ella trabaja en el Instituto de Política. Entrevistarla fue casi una batalla sin fin, como muchas del movimiento del que es líder.

Veinte años después, Betty Friedan continúa comprometida con "batallas sin fin", como dice al referirse a la lucha por el movimiento de la igualdad entre los sexos. Pero está cansada, sufriendo la fatiga del feminismo, la etiqueta feminista y sus asociaciones paranoicas. Mas no deja de pensar en las mujeres y, ahora, también en los hombres. Esta fue una de las poderosas razones que la llevaron a escribir *El segundo estado*, y el próximo libro, todavía sin título, en donde discutirá los problemas de ambos sexos después de la edad reproductora. El hecho de haber incluido a los hombres y a los niños en *El segundo estado* enfureció a algunas feministas, mientras que a otras las alivió. A

los sesenta años, después de tres décadas "abriendo extrañas puertas", Betty Friedan declara que desea vivir en paz el resto de su vida.

—*El segundo estado* puede verse como una revisión del movimiento feminista?

—Yo creo que el movimiento feminista alcanzó su punto máximo en términos de las mujeres que viven solas. Hay una serie de escuelas, opciones, aspiraciones y oportunidades que el movimiento consiguió para las mujeres, y esto no puede negarse. En veinte años conseguimos muchas cosas y podemos decir que, verdaderamente, existe toda una vida por delante nuestro. Mas, también, hay una serie de cuestiones que aún no están resueltas. Es evidente que el gran momento del movimiento feminista —la cuestión de la igualdad— ya está siendo frenado, o de algún modo transformado, por las cuestiones económicas de los años ochenta. Batallas ganadas o perdidas están siendo vistas como algo inadecuado o irrelevante en relación a la nueva realidad personal y política. En el primer estado, nuestra meta era participación total, poder y voz activa dentro del partido, del proceso político, en los despachos y en el mundo de los negocios. Luchábamos también por la política sexual. En este sentido, el primer estado está concluido. Ahora nos tenemos que enfrentar a nuevas cuestiones, al segundo estado.

—¿Cuáles son las nuevas cuestiones y metas del segundo estado?

—El segundo estado no puede verse en términos de mujeres que viven solas. El segundo estado envuelve unas relaciones con la familia y el trabajo. No es, en absoluto, una lucha contra los hombres, ya que ellos tienen un papel de mayor importancia en este estado. En el segundo estado, debemos mirar los aspectos de división de responsabilidades en relación a los hijos y al trabajo doméstico. Las mujeres no pueden ser supermujeres en los despachos y ocuparse del funcionamiento del hogar según moldes antiguos. Yo creo que el feminismo tiene que enfrentarse a la familia con una actitud diferente si el movimiento quiere realizarse re-

volucionariamente en función de la sociedad moderna. Si esto no sucede, abortará o será colocado en el estante de la historia con su significado real oscurecido y distorsionado.

—Usted ha dicho que los hombres tienen un papel importante en el segundo estado; me gustaría que explicara con detalles este papel.

—En primer lugar, vamos a situar los acontecimientos en un contexto. Las mujeres cambiaron sus vidas llevando a los hombres o haciéndoles posible cambiar las suyas también. Yo creo que la retórica política que caracterizó el primer estado del movimiento creó un punto de vista hostil contra los hombres. Esta retórica y la respuesta que provocó, oscureció las verdaderas razones del movimiento y, al mismo tiempo, camufló el hecho de que muchos hombres lo apoyaban y veían en él una manera de aliviar sus pesadas obligaciones. Por causa de estos *mal entendidos* todo parecía resumirse a argumentos sin fin en torno a quién tenía que cocinar, quién tenía que lavar los platos o quién tenía que cuidar a los niños. Estas disputas surgieron, en parte, porque se suponía que el trabajo de la mujer era encargarse de la casa, de los niños y de otros detalles de la vida cotidiana. Ahora, la mujer está trabajando fuera del hogar y está ayudando a mantener a la familia. Pero esto no es todo: la mujer que no está trabajando fuera de la casa tiene derecho también a ser tratada como persona. Tiene derecho a su propia vida y a sus propios intereses. El hombre puede ayudarla en las tareas del hogar por la noche y durante los fines de semana.

—¿Cómo va a reaccionar, pensar y sentir el hombre dentro de esta nueva realidad donde él ya no es el único responsable del mantenimiento de la familia?

—Para los hombres es todo una cuestión de paternidad, de responsabilidad con los hijos. En el primer estado, era esencial que las mujeres vieran la igualdad en términos de mujeres *versus* hombres. Ahora se trata de una cuestión de oportu-

VIENE DE PAG. 12/nidades y responsabilidades iguales para ambos. Es preciso reconocer que el hombre se sintió injuriado, ya que él, que trabajaba tanto para mantener a la familia, fue visto como opresor y cerdo chovinista por no querer fregar las sartenes. El hombre se sintió amenazado y débil cuando la mujer dijo: "Voy a la universidad, tienes que hacer la comida". Si ella no necesitaba de él para tener identidad, *status* o importancia; si ella podía conseguir todo por sí misma, ¿por qué todavía vivía con él? ¿Por qué no lo abandonaba? El se sentía como un niño por miedo a que ella se marchara. De repente, el hombre se quedó sin saber lo que la mujer sentía, o lo que se suponía que él tenía que sentir como hombre.

Yo creo que mucha de la hostilidad que el hombre expresa hacia la mujer viene dada por su miedo de dependencia en el amor —ese sentimiento necesario que se supone no tienen que tener los hombres—. De la misma manera que nuestros excesos y ataques contra el hombre opresor demuestran nuestra dependencia de él. Cuanto más pretende el hombre ser dominante y distante, más rechaza estas cuestiones. Del mismo modo, cuanto más forzado se ve a acarrear solo con toda la familia, contra los imprevistos del mundo económico, más amenazado y hostil se siente. Los hombres tienen muchas dificultades para hablar de sus sentimientos con otros hombres; más que las mujeres. Ellos, ciertamente, no hablan de sus sentimientos con otros hombres. Esto es parte de la *mística masculina*. La definición del hombre es de por sí éxito y conquista, y la competencia la proyecta hacia los otros hombres. Por esta razón, guarda en secreto su vida. Finalmente, desde que el hombre tiene todo el poder y posición en la sociedad en relación a las cuestiones planteadas por las mujeres, ellos van a cambiar solamente si se ven forzados a ello. Los hombres pueden ser sensibles, cariñosos y apasionados; no necesitan tener músculos y pueden admitir tener miedo y pueden también llorar. Y, a pesar de todo esto, pueden seguir siendo hombres.

—Usted ha hablado de los excesos que se cometieron en el primer estado del movimiento feminista. ¿Fueron realmente necesarios, o las mujeres no supieron negociar, como generalmente sucede?

—Bueno, en cualquier lucha se cometen excesos y ciertas exageraciones, pero esto puede ser también bueno. Lo que era importante, y esto se consiguió, era romper la idea de la *mística femenina* —la imagen de la mujer completamente realizada con la función de esposa, madre y esclava de las necesidades físicas del marido, de los hijos y de la casa—. Nosotras rompimos esa imagen y podemos decir que somos un sexo revolucionario. Pero esto no quiere decir que tenemos que dejar fuera al hombre, a los hijos y a la familia; es solamente una cuestión de reestructuración. Yo no creo que la familia vaya a morir, pero sí tiene que enfrentarse a

una nueva realidad. He oído que en estos últimos veinte años muchas mujeres mayores y jóvenes que están viviendo un período posmística femenina se sienten privadas de emociones como las de tener y criar hijos, tener un hogar, amar y ser amadas. Esto no excluye sus deseos de independencia, de ser escuchadas y de tener sus propios intereses.

—¿Podría explicar cómo debe organizarse esta nueva familia?

—La familia debe estar basada en ambos —hombre y mujer—. Como dije antes, ahora la cuestión es la igualdad de oportunidades y responsabilidades para ambos. Esta lucha por la familia debe ser compartida por el hombre y la mujer. El hombre ahora ya no es un sustentador y la mujer una administradora de estos sustentos. La balanza de poder está, sin duda, repartida entre los dos sexos, aunque todavía la mujer sigue ganando menos que el hombre. Hay un término que comienza a ser utilizado en Estados Unidos: *feminization of poverty* (literalmente, feminización de la pobreza), cuyo significado es que la mayoría de las mujeres que se mantienen a sí mismas o son responsables del mantenimiento de la familia, están incluidas en el grupo económico más pobre del país. Bueno, pues incluso con esta situación, la mujer consiguió mucho fuera del hogar, mas su lucha por la igualdad no incumbía a la familia. La igualdad en la familia no será real para las mujeres si ellas quedan aisladas de las medidas económicas.

—Como usted sabe, esta entrevista va a ser publicada en países donde la mayoría de las mujeres no han alcanzado ni siquiera el primer estado. ¿Es posible salir de una situación de sumisión total sin contar con ninguna protección? ¿Es posible saltarse una etapa?

—Yo no creo que necesariamente haya que pasar por el primer estado. Es cierto que las mujeres tienen que exigir igualdad y luchar por sus derechos. Mas, las propuestas del segundo estado, de igualdad dentro de la familia, pueden ser positivas para estas mujeres porque pueden ayudar a evitar aquellos errores y excesos de los que antes hablábamos. Es importante aprender a respetar a la familia porque ésta forma parte de la experiencia de la mujer. Estas ideas de paternidad, división del trabajo, pueden ser adaptadas incluso al Tercer Mundo, a pesar de todo el machismo existente. El machismo, para mí, es una forma de defensa.

—Aunque sea posible pasar directamente al segundo estado, ¿cuál de sus libros es más importante en las sociedades tradicionales?

—Yo creo que tanto la *Mística femenina* como *El segundo estado* deben ser leídos. Tal vez, en Estados Unidos, la problemática levantada por la *Mística* sea ya un poco obsoleta; mas, esta idea debe romperse. La diferencia entre un libro y otro es que, en el primero, las mujeres sólo decían no, y ahora dicen sí y no.

—¿Cómo resuelve *El segundo estado* uno de los problemas básicos a los que la mujer emancipada se enfrenta: la lucha entre feminidad e independencia?

—Creo que teniendo confianza en nosotras mismas. Nuestra habilidad para desenvolvernos en diferentes situaciones nos hace más femeninas, más seguras de la femineidad. ¿Qué es femineidad? Es ser mujer; es sentirse bien como mujer; es ser fuerte unas veces y no tanto otras; es ser receptiva, estar abierta a los cambios y saber hablar desde dentro con todos los sentimientos y palabras para ser comprendidas; es ser suave y a la vez un tigre.

Usted tiene que estar de acuerdo en que esto es una tarea difícil; ser a la vez suave y feroz...

—Bueno, usted sabe, algunas veces una es un tigre y otras es dócil. La vieja y excesiva dependencia, la cual se supone natural de la mujer, hizo que la independencia de las mujeres fuera una condición indispensable para poderse mover. En nuestra larga marcha, encontramos varias definiciones de femineidad.

—¿Usted cree que *El segundo estado* se puede convertir en la *Biblia* de la lucha de las mujeres por la igualdad en los años ochenta?

—Si las mujeres van a avanzar hacia el segundo estado o si va a haber otro movimiento, no lo sé. No creo que este libro sea el pensamiento oficial de las mujeres que participaron del primer estado del movimiento. Por lo menos, hasta ahora. El movimiento feminista en Estados Unidos todavía está en el primer estado. Las mujeres todavía están pensando en ridículas luchas por el poder o irrelevantes batallas sexuales que nunca podrán ser ganadas o que serán perdidas por la victoria. No se están preguntando cómo la *supermujer* de la nueva generación puede aguantar al mismo tiempo la tensión de una profesión, los problemas del hogar y los hijos. Quizá, solamente evolucionando hacia el segundo estado y planteándose nuevas cuestiones —las políticas y las personales— junto con los hombres, podremos llegar a algún lugar. Llegar a algún lugar, intentando vivir en igualdad y por la igualdad que luchamos y trascender las amenazas a nuestras conquistas, como el derecho al aborto o las leyes de discriminación sexual.

El segundo estado atiende el deseo de un gran número de mujeres no muy jóvenes, entre los treinta y cuarenta años, y también atiende las reivindicaciones de mujeres bastante más jóvenes que no se identificaron con los planteamientos del primer estado, ya que la vieja imagen se rompió. Las mujeres mayores se sintieron repudiadas por las militantes del primer estado, solamente porque se sentían realizadas con la familia. Hay también un grupo de mujeres en esta fase de la edad que, tras décadas de lucha, se sienten solas y sin ver sus necesidades emocionales realizadas.

—¿Habrà un tercer estado?

—Por supuesto. Esto es una evolución que no cesa. Es parte del proceso evolutivo. ■



Betty Friedan continúa su larga lucha en favor de la mujer, una batalla que dura ya más de veinte años.